
Jaime de León de la Mora*

PSICOLOGIA SOCIAL,
una visión crítica

La psicología social se nos presenta invariablemente como un cúmulo de conocimientos y experiencias acabados, incuestionables, que forman un todo supuestamente articulado que se constituye como una ciencia.

Sin embargo, al revisar los distintos exponentes de esta disciplina queda una especie de vacío, de duda, que nunca se ve disipada por más y más lecturas que se hagan sobre el tema. Los conocimientos y presupuestos que nos transmiten, muchos de ellos como hipótesis y teorías, no tienen una base real de sustentación que les dé sentido, los explique y justifique, les dé coherencia y los articule en un sistema conceptual. ¿En qué continente están incluidos? ¿En qué tipo de discurso se insertan?

Las experiencias y experimentos descritas en estos textos se acumulan en innumerables páginas y quedan ahí, en el mejor de los casos, como meros ejemplos ilustrativos de banales y esquemáticos planteamientos. La psicología social, se supone, está ya formada por lo que, en la actualidad, el quehacer dentro de ésta se reduce, en general, a la práctica empírica, en la cual simplemente se aplican las técnicas, ya elaboradas y explicitadas con claridad, a los hechos definidos como psicosociales que resulten de interés para el investigador o para una determinada institución; se trata al *corpus* con métodos estadísticos y se obtienen, de esta manera, agrupamientos, proporciones, gradaciones, relaciones, de las que, algunas veces, se hacen derivar conclusiones. En esta forma se aprehende un fragmento de la "realidad psicosocial", sin que, en la

* Profesor de la FCPS-UNAM.

mayoría de los casos, los psicólogos sociales se preguntan sobre el sentido profundo de sus hallazgos, no inquietan sobre las determinaciones estructurales y, tampoco, sobre las determinaciones coyunturales por las que los sujetos o los grupos estudiados responden en tal o cual forma o manifiestan tal o cual sentimiento, deseo, actitud u opinión:

En México y en Latinoamérica, en general, se ha adoptado acríticamente esta psicología social anglosajona. Se ha aplicado para producir cientos de estudios experimentales e investigaciones en torno a los tópicos más popularizados: actitudes, normas, roles, opinión, liderazgo, comportamiento de grupos en diversas situaciones como son el laboratorio, la fábrica, la escuela, entre otras, pero, verdaderamente, que se sepa, estos trabajos empíricos no han agregado mucho al desciframiento de nuestra realidad.

Lo que sí se sabe que gran porcentaje de estas investigaciones han sido financiadas y realizadas por encargo de algunos organismos extranjeros interesados en detectar comportamientos, intereses, posibilidades de expresión, niveles de satisfacción o inconformidad, posiciones ideológicas, potencialidad de revueltas, de manifestaciones violentas, etc., todo ello en el interior de grupos definidos como los estudiantiles, las organizaciones obreras y campesinas, religiosas o políticas.

La psicología social ha sido y sigue siendo utilizada como un instrumento de dominación y de control en una medida importante. La duda que prevalece es si este empleo es inherente a su propia naturaleza o, mejor dicho, a su origen y si es posible que su aplicación se oriente en otro sentido, con otras finalidades. Quizá la mayoría de los especialistas formados dentro de esta disciplina la ejercen un poco deslumbrados por la factibilidad práctica y directa de sus métodos, por lo vistoso de sus resultados y/o porque puede satisfacer la inquietud personal de intervenir en la solución de problemáticas sociales, sin que sean conscientes de la finalidad última que su actividad pueda alcanzar.

El objeto de la psicología social

No es casual que la casi totalidad de los autores de textos sobre esta materia se abstenga, en forma manifiesta, de internarse en la problemática de la determinación del estatuto científico de su disciplina. Desde luego, la mayor parte de ellos inicia su discurso precisando el objeto, el campo de aplicación y los límites de una forma por demás clara y convincente cuando se hace una lectura superficial pero, cuando éste no es el caso, resulta que los postulados —de hecho la base y el punto de partida de

todo su aparato conceptual— exhiben, como se verá, fallas importantes que llevan, por necesidad, a un cuestionamiento frontal.

Los diversos autores enfrentan, desde un principio, sin poder resolver en forma satisfactoria, la dificultad para precisar el lugar que la psicología social ocupa en las ciencias humanas. Intentan, por lo general, dilucidar su especificidad y autonomía a partir de su diferenciación de las disciplinas que reconocidamente le dieron origen: la psicología general, la sociología y la antropología. Para ello se apegan al fácil recurso, de situarla en una posición equidistante de esas tres ciencias y afirmar enfáticamente que la psicología social no es “una simple extrapolación al nivel social de los principios desarrollados por la psicología experimental general”.¹ Ni tampoco una reducción a nivel individual de los enfoques más amplios de la sociología.

Como esta problemática de la diferenciación reaparece desde otra perspectiva en las definiciones de psicología social elaboradas por distintos autores, sería conveniente analizar algunas de ellas, lo cual nos permitirá, a la vez, introducirnos en el asunto fundamental de la definición del objeto de esta disciplina, implícito en las mismas.

En forma escueta G. H. Mead propone: “la psicología social se interesa especialmente en el efecto que el grupo social produce en la determinación de la experiencia y la conducta del miembro individual”.² En tanto, R. Brown dice “hablando gruesamente, la psicología social tiene que ver con los procesos mentales (o comportamiento) de personas en cuanto éstos son determinados por interacciones pasadas o presentes con otras personas”.³

Por su parte, E. Hollander formula la siguiente definición:

La psicología social es uno de los campos científicos dedicados al estudio objetivo de la conducta humana. Su atención se encuentra, especialmente, en la comprensión de las influencias que producen regularidades y diversidades en el comportamiento social humano, para cuyo estudio apela al análisis sistemático de datos, obtenidos mediante rigurosos métodos científicos.⁴

Estas definiciones propuestas por autores reconocidos producen, en un primer momento, una sensación de confianza y seguridad; se disipan automáticamente las dudas generadas por la falta de precisión en los in-

1 R. Brown, *Psicología social*. México, Siglo XXI Editores, 1972.

2 G. H. Mead, *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1972, p. 49.

3 R. Brown, *op. cit.*, p. 2.

4 E. Hollander, *Principios y métodos de psicología social*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1978, p. 14.

tentos de delimitar su campo de acción. Desde las mismas puede pasarse tranquilamente por alto la dificultad para desprender esta disciplina de las matrices que le dieron vida. Gracias a este movimiento se puede pensar, ahora sí, en su vigencia y en su desarrollo como una ciencia autónoma aunque, claro está, en relaciones de reciprocidad con las ciencias de las que surgió.

Esta esperanza se produce por la claridad, puntualidad y precisión con las que queda definida la psicología social. Su objeto de estudio —la conducta humana— se presenta en forma concreta y objetiva, pero no en su expresión más general, sino considerada dentro del marco de la interacción, es decir, la conducta de los individuos, determinada o influida por la acción de otros individuos.

Cuando se lee más detenidamente las definiciones propuestas, la tranquilidad apenas lograda empieza a desvanecerse. Todas ellas, insistimos, hablan de la conducta. ¿Por qué precisamente la conducta? ¿Es, o debe ser ésta, en términos amplios, la preocupación de la psicología? Esta delimitación remite necesariamente a tratar la problemática del objeto de la psicología en general y de la psicología social en particular.

Después de muchos investigadores que, como Wolfe, Pace, Thorndike, Kohler, Mc Dougall, Pillsbury, siguieron a principios de siglo las líneas de la psicología objetiva, aparece en escena el hombre que llevaría a cabo la tarea de crear y conceptualizar coherentemente el sistema psicológico que se impondría con el tiempo en Estados Unidos primero y, luego, en otros países, por considerarse la “verdadera psicología científica”. Nos referimos, claro está, a John Broadus Watson, fundador del behaviorismo o conductismo.

En el famoso Manifiesto Conductista publicado en 1913 en la *Psychological Review* este autor manifiesta claramente su postura:

la psicología ha fallado durante 50 años que lleva de existencia como disciplina intelectual en conseguir un puesto en el mundo como indiscutible ciencia natural. . . Parece haber llegado el momento en que debe descartar toda referencia a la conciencia, en que no debe dedicar más tiempo al pensamiento ni a considerar que los estados mentales son el objeto de su observación.⁵

Así, el conductismo de Watson inaugura su discurso con un rompimiento en el que elimina, de un solo golpe, el objeto tradicional de la psicología: la conciencia. El pragmatismo de William J. aporta el criterio

⁵ Citado por R. Ardila, en *Los pioneros de la psicología social*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1971, p. 72.

de verdad en el que se sustenta esta ciencia en una medida importante, “es útil porque es verdadero” o “es verdadero porque es útil”.⁶

En 1931, con la aparición del artículo “The Concept of the Reflex in the Description of Behavior”, de B.F. Skinner, se inicia el enfoque conductista que hasta la fecha tiene mayor difusión y aceptación: el “análisis experimental de la conducta”. A partir de ese momento éste es fuertemente impulsado además del propio Skinner, por una cantidad considerable de seguidores, entre quienes destacan Keller, Schenfeld, Ulman y Krasner.

Los skinnerianos, concentrados en la medición, llevan ésta a cabo en lo que se ha llegado a denominar un organismo o caja vacía, pues aunque no desconocen del todo la intervención en la conducta de determinantes internas, reducen éstas prácticamente, a los estímulos fisiológicos, producto de la constitución genética, dejando fuera de toda consideración a todos los procesos internos propiamente psicológicos, como son emociones, afectos, sentimientos, deseos, pulsiones, justo la base de las construcciones teóricas de otras corrientes psicológicas. Para el skinnerismo estos son sólo conceptos teóricos utilizados como causas ficticias, inferidos a partir de datos con los que las respuestas no tienen evidente conexión causal.

Ubicándose en una posición crítica más general, habría que preguntarse, en primer término, si la conducta puede, por sí sola, constituirse como objeto de una psicología científica. A nuestro modo de ver, esta posibilidad cae en una posición peligrosamente reduccionista, con implicaciones serias en cuanto a la concepción del hombre que se infiere de ella. La comprensión del hombre no puede detenerse en el estudio de sus “refuerzos”. ¿Qué lugar tienen en esta conceptualización la creatividad, el altruismo, la reflexión, la conciencia social, la esperanza, el deseo, la ironía, el ingenio, la fe?

Si el análisis de la conducta no alcanza estatuto científico ¿cómo podemos caracterizarlo? Es, desde luego, una técnica orientada a la modificación de la conducta en el sentido de adaptarla a la norma vigente.

De acuerdo con Deleule:

... nos encontramos ante la paradoja de una disciplina que se proclama formalmente ciencia apoyándose, para probarlo, sobre un cierto número de técnicas y —al mismo tiempo y en el mismo movimiento— se constituye como un conjunto de técnicas en busca

⁶ Tomando de F. Saal, “Conductismo, Neoconductismo y Gestal”. En N. A. Braunstein *et al*, *Psicología: ideología y ciencia*. México, Siglo XXI Editores, 1975, p. 264.

de cientificidad. La psicología moderna, desde su nacimiento, confunde ciencia y técnica, espíritu científico y arquitectura teórica de la ciencia.⁷

El anterior análisis crítico del conductismo, reconocemos, es insuficiente pues sólo roza, en forma un tanto precipitada, los problemas más gruesos no obstante, se hizo necesario por razones que tienen que ver, todas ellas, con la relación de fondo y forma que guardan el behaviorismo y la psicología social anglosajona, relación que hasta el momento no se ha develado ampliamente.

En primer lugar, como ya se mostró, la psicología social se plantea como objeto de estudio a la conducta, aunque los autores precisen que se trata de la conducta determinada o influida por otras conductas o, dicho en forma más general, la conducta como resultado de la interacción. Aquí cabría preguntarse, ¿puede haber una conducta que no sea el resultado, al menos parcial, de alguna interacción presente o pasada? Esta interrogante, en caso de contestarse de manera negativa, hace surgir otra de orden más amplio: ¿no toda psicología es, entonces, psicología social?

En segundo lugar, la psicología social, sin explicitarlo, frecuentemente entiende la conducta como suma o sucesión de respuestas generadas por estímulos, como igualmente lo hace el behaviorismo, considerando sólo aquellos estímulos y reacciones objetivamente observables, más aún, manipulables.

La ausencia de un cuerpo teórico sistematizado que penetre en las estructuras causales, para dar cuenta de los hechos en su múltiple determinación, es otro paralelismo entre estas dos disciplinas.

La interacción, concepto fundamental de la psicología social

Hemos hablado hasta ahora de la conducta, primer elemento participante en la determinación del objeto de estudio de la psicología social, de acuerdo con las definiciones utilizadas anteriormente, o con cualesquiera otras que los interesados pudieran conocer o encontrar. Pasamos enseguida a examinar al otro elemento que inseparablemente se presenta unido a aquél y que lo significa y ubica en la dimensión que, precisamente, le da existencia y sentido a la psicología social anglosajona: la interacción.

La importancia capital que se da en este sistema a la interacción se explica porque se ve en ella al paradigma de la influencia social. Es decir, la influencia social que es aceptada como la condición de la con-

⁷ D. Deleule, *La psicología: mito científico*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1972, pp. 47-48.

ducta social, o su determinante, se realiza en, o a través de, la interacción.

Kimball Young, reconocida autoridad en esta materia define a la interacción como el “hecho de que la respuesta de un individuo –gesto, palabras o movimiento corporal general– es un estímulo para otro que, a su vez, responde al primero”.⁸

En un enfoque muy similar al de Young, T. H. Newcomb dice al respecto: “este proceso por el cual un individuo toma en cuenta y responde a los demás que lo están tomando en cuenta y le responden, es conocido como interacción”.⁹

Estos planteamientos tan claros, precisos y en apariencia consecuentes con la realidad, pueden ser fácilmente asumidos como válidos, a menos que se penetre más en su significación y en sus implicaciones. Al acercarse a ellos con una disposición crítica se descubre su oculta inconsistencia.

Lo más inmediato y evidente es que aquí, en un concepto medular de la psicología social, se adopta una posición conductista: se reduce la interacción humana a una serie de estímulos y respuestas observables y no se contemplan todos los contenidos que el conductismo ha excluido de sus conceptualizaciones. Pero este enfoque tiene implicaciones mayores: al hacer equivalentes la interacción y la influencia social se produce una confusión entre estas dos nociones, lo cual desemboca en el supuesto erróneo de que toda interacción es influencia social y viceversa. No existe, entonces, otras formas y otras causas de influencia social. Así, la influencia social la ejerce sobre un individuo otro individuo o grupo que, a su vez, fue estimulado por otros y así sucesivamente. Todo se organiza y realiza en el ámbito o nivel de las relaciones interpersonales, ignorándose las verdades estructuras causales que producen, enmarcan y dan sentido a las formas y contenidos de la interacción: la base material y la estructura de las relaciones sociales, por un lado, y las pulsiones, por el otro.

Puede hacerse, aun, otra objeción al concepto de interacción. En la forma como es entendida resulta de un grado de generalidad tal que prácticamente lo es todo, es omnipresente. La interacción se realiza de individuo a individuo, de individuo a grupo y de grupo a grupo; no exclusivamente se lleva a cabo con una presencia real, concreta, de una de las partes sino, también, por medios indirectos en los que el referente se manifiesta a través de expresiones simbólicas, dentro de las cuales cabe casi cualquier cosa: un libro, una pintura, una señal de tránsito, etcétera.

⁸ Young Kimball, *Psicología social y aprendizaje de la interacción*. Buenos Aires, Paidós, 1969, p. 7.

⁹ T. H. Newcomb, *Manual de psicología social*. Buenos Aires, EUDEBA. 1967, p. 15.

Vista así, en cada momento y cada acción que realizamos estamos interactuando, bien sea con interlocutores del pasado introyectados, o lo hagamos en el aquí y ahora con personas concretas, o nos relacionemos con ellas por medio de sus producciones, en las que cabrían, además condiciones impuestas como una ley, un reglamento, entre otras. Siendo así, tan infinitamente amplias las posibilidades y formas de interacción, ocurre que no tiene una especificidad propia que la pudiera hacer asequeable como objeto de estudio.

Vemos con esto que los contenidos básicos de la definición de psicología social, que se constituyen como su objeto —conducta o interacción— no garantizan, en forma alguna, el que se haga ciencia; por tanto, no se penetra ni explica la esencia de los fenómenos psicosociales.

Heterogeneidad y eclecticismo de la psicología social

En los comentarios precedentes quedó asentado que la psicología social utiliza, sin explicitarlo, el modelo empírico conductista en una forma determinante, en la aproximación al estudio de los hechos establecidos por ella como psicosociales. No obstante, este marco referencial psicológico no es el único en el que se apoya. En realidad, no repara en recurrir, arbitrariamente, a cualquier corriente que pueda dar cuenta de un fenómeno particular o de un tema que considere dentro de su circunscripción, aun cuando aquellas corrientes sigan a menudo, orientaciones no sólo divergentes, sino hasta antagónicas. Así, se acude lo mismo a Watson, Skinner y la teoría del aprendizaje de Hull, que al psicoanálisis de Freud, la teoría de la Gestalt, de Koffka, Wertheimer y Kohler; psicología genética de Piaget, o la teoría de campo de Lewin.

Las dudas que surgen de este tratamiento son graves: ¿Cómo es posible construir una disciplina sobre la base de este eclecticismo teórico? ¿Puede haber alguna unidad de análisis y, más aún, un cuerpo teórico congruente y sistemático en estas condiciones? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias e implicaciones de esta postura?

Estos cuestionamientos parecen no preocuparles a los psicólogos sociales porque, a fin de cuentas, aunque postulen lo contrario, su interés no es hacer ciencia sino, más prácticamente, obtener evidencias respecto a problemas particulares o de alcance restringido, muchas veces de moda, que abordan de modo empírico, echando mano indiscriminadamente de técnicas que, a su juicio, resultan exitosas, sin percatarse que una gran parte de su labor deriva en la adaptación y el control de la población.